

CAPITULO II.

El diablo mismo en persona
Y en mas de una coyuntura.
Cita, si en su interés torna,
Textos de santa escritura.

SHAKSPEARE. *El Mercader de Venecia.*

Christian, despues que salió de la morada brillante del duque de Buckingham, absorto en sus proyectos tan complicados como pérfidos, tomó el camino de la ciudad, y fué corriendo á una posada decente que tenia un presbiteriano y de donde le habian enviado á llamar de im-

provisó para verse con Rodolfo Bridgenorth. No fué inútil su diligencia. Había llegado el mayor por la mañana desde Moultrassie-Hall, y estaba esperándole con impaciencia.

La inquietud había hecho mas sombrío á su exterior naturalmente lúgubre, y apenas se le desarrugó la frente, cuando, Christian, respondiendo á las preguntas que le hizo sobre su hija, le dió las noticias mas satisfactorias de la salud de Adelaida, mezclando con destreza y sin afectacion sobre sus gracias y genio, algunos elogios que debian sonar bien á los oídos de un padre.

Pero Christian tenia demasiada astucia para insistir mucho en este asunto, por mas agradable que pudiera ser á la persona con quien hablaba. Paróse precisamente en el punto donde debia suponerse que un buen pariente habia ya dicho bastante.

— La señora en cuya casa he puesto á Adelaida está encantada, dijo él, de la cara y modales de mi sobrina, y ella misma nos responde de su bien estar y salud. Creo que no teneis tan poca confianza en vuestro hermano para

dejar con tanta prisa á Moultrassie-Hall y presentaros en esta, lo que perjudica para el éxito del plan que teniamos concertado, como si fuera indispensable vuestra presencia para la seguridad de Adelaida.

— Hermano Christian, respondió Bridgenorth, me precisa ver á mi hija, necesito ver á la señora que de orden vuestra está encargada de ella.

— ¿Y para qué? ¿No me habeis confesado que el excesivo afecto terrestre concebido por vuestra hija, habia sido un peligro para vuestra alma? ¿No habeis estado mas de una vez casi para renunciar á los grandes designios que deben establecer la rectitud en el trono, porque gustabais satisfacer la pasion pueril que tiene vuestra hija por el hijo de vuestro antiguo perseguidor, por ese Julian Peveril?

— Convengo en eso. Hubiera dado y aun daria el mundo entero por estrechar á ese joven contra mi pecho y llamarle mi hijo. Brilla en sus ojos el espíritu de su madre, y su andar majestuoso me recuerda el de su padre cuando

venia todos los dias á consolarme en mi afliccion diciéndome : — La niña está buena.

— Pero ese joven no quiere guiarse mas que por sus conocimientos. Él toma por estrella polar el meteoro que sale del pantano cenagoso. Rodolfo Bridgenorth, te voy á hablar como amigo y con franqueza. No puedes servir al mismo tiempo á la buena causa y la de Baal. Obedece, si quieres, á tu afecto terreno, llama luego á ese Julian Peveril, dale á tu hija por esposa; pero piensa bien como la recibirá ese viejo y orgulloso caballero, tan allivo, tan indomable hoy entre cadenas, como lo estaba cuando la espada de los santos triunfó en Worcester. Mírale despidiendo con desprecio á tu hija postrada á sus pies; mirale....

— Christian, dijo el mayor cortándole la frase, me aprietas mucho; pero lo haces por amistad, hermano mio, y yo te lo perdono. Nunca se verá Adelaida expuesta al desprecio. Pero esa señora, esa amiga... Christian, tú eres tío de mi hija, tú eres, despues de mi, quien debe profesarla mayor afecto y ternura; pero tú no eres su padre; no puedes experi-

mentar las inquietudes de un padre. ¿Estás bien seguro de la probidad de la muger á quien has confiado mi hija?

— Tan seguro como de la mia, como lo es que yo me llamo Christian y tú Bridgenorth. ¿No he vivido yo muchos años en esta ciudad? ¿No conozco esta corte? ¿Es probable que se me engañe? ¿Porque no puedo yo creer que tú puedas temer quiera yo engañarte?

— Tú eres mi hermano, tú eres la carne y los huesos de la santa que yo he perdido. Estoy resuelto á fiarme de tí enteramente con respecto á este asunto.

— Tienes razon. ¿Y quién sabe la recompensa que te tiene reservada el Cielo? No puedo mirar á Adelaida sin formar el presentimiento que una criatura tan superior á las mugeres ordinarias está destinada para cosas grandes. La ilustre Judith libró á Betulia por su valor, y los atractivos de Ester fueron la salva guardia de su pueblo en la tierra de cautividad, cuando halló gracia en presencia de Asuero.

— ¡Cúmplase en ella el destino del Cielo! dijo Bridgenorth. Pero dime ahora qué progresos ha hecho nuestra grande obra.

— El pueblo está cansado de la iniquidad de esta corte, respondió Christian; y si quiere este hombre seguir reinando, es preciso que nombre para consejeros suyos hombres de otra clase. El alarma excitado por las manio- bras infernales de los papistas ha vuelto á las almas toda su energía, y ha hecho abrir los ojos para ver los peligros del Estado. No está él mismo muy distante de cambiar las medidas, porque abandonará á su muger y su hermano para salvarse, y aunque no podemos ver limpia de un golpe la corte, como el grano por el bieldo, habrá bastantes hombres de bien para reprimir á los malvados, bastantes hombres sabios para hacer que se conceda aquella tolerancia universal por la que hemos suspirado como la doncella por su querido. El tiempo y la ocasion traerán una reforma mas completa, y pondremos por obra, sin desenvainar la espada, lo que nuestros amigos no han podido establecer sobre un fundamento sólido, aun

cuando tenian en sus manos la espada victo- riosa.

— ¡Concédanos Dios esa gracia! dijo Bridgenorth; porque yo creo tendria escrúpulo en hacer algo que pudiera suscitar otra vez una guerra civil; pero yo aspiro á los cambios que podrán suceder de un modo apacible y legal.

— Sí, añadió Christian, y que traerán consi- go el castigo severo que tienen merecido nues- tros enemigos tanto tiempo hace. ¿Cuánto ha que la sangre de mi hermano pide venganza? Esta cruel francesa verá bien pronto que ni el trascurso del tiempo, ni sus poderosos amigos, ni el nombre de Stanley, ni su soberanía de Man, pueden detener el curso perseverante del vengador de la sangre. Será borrado su nom- bre de la lista de nuestros nobles, y su heren- cia entrará en otro poseedor.

— Hermano Christian, dijo el mayor, ¿no persigues tú á tus enemigos con demasiado encarnizamiento? tu deber, como cristiano, es perdonarlos.

— Sí, pero no á los enemigos del Cielo, no á los que derramaron la sangre de los santos,

exclamó Christian, enardecidos los ojos con aquella expresion que indica una sed ardiente de venganza, única pasion que algunas veces se veia pintada en facciones que parecerian inalterables por cualquier otro interés. No, Bridgenorth, continuó, yo miro como santo este proyecto de venganza; le considero como un sacrificio expiatorio por todo lo malo que tengo hecho en mi vida. Heme sometido al desprecio del orgulloso, me he bajado hasta el rango de criado; pero mi altanería no se abatió; y yo decia para conmigo: — si me humillo hasta este punto, es para vengar la sangre de mi hermano.

— Y con todo eso, hermano Christian, aunque yo tomo parte en tus proyectos, aunque te he prestado auxilio contra esa muger moabita, no puedo menos de pensar que tu sed de venganza se acuerde mejor con la ley de Moises que con la de la caridad.

— Ese language te cae perfectamente, Rodolfo Bridgenorth, ¡á tí que acabas de triunfar con la ruina de tu enemigo!

— Si lo dice vm. por sir Geoffrey Peveril,

no triunfo con su ruina. Era justo abatirle. Yo puedo humillar su soberbia; pero si esto depende de mí, no veré yo la ruina de su casa.

— Vos sabeis lo que debeis hacer, hermano Bridgenorth; y yo hago justicia á la pureza de vuestros principios: pero los hombres que no ven sino por los ojos del mundo, no podrán ver sino poco favor en el magistrado severo, en el acreedor rigoroso que acaba de obrar contra Peveril.

— Hermano Christian, exclamó Bridgenorth, cuyo rostro se encendia cuando hablaba de este modo, no hago yo menos justicia á la prudencia de vuestros motivos, y no niego la destreza pasmosa con que habeis procurado adquirir informes tan exactos sobre los proyectos de esta muger de Ammon. Pero es permitido pensar que en vuestras relaciones con la corte, en vuestra política terrestre y mundana, habeis perdido algo de aquellos dones espirituales que tan célebre os hicieron entre nuestros hermanos.

— No hay por que temerlo, dijo Christian recobrando la serenidad que habia perdido al-

gun tanto en esta discusion; trabajemos de consuno, como hemos hecho hasta la presente, y espero que cada uno de nosotros habrá cooperado, como fiel servidor, al triunfo de la buena causa, por la que sacamos en otro tiempo la espada.

Al decir esto, tomó el sombrero y se despidió de Bridgenorth diciéndole que volvería por la noche.

— A Dios, dijo el mayor; siempre me hallarás tan fiel y adicto á esta causa. Obraré segun me aconsejes, y ni aun te preguntaré, aunque lo padezca mi corazon paternal, donde está mi hija, y á que manos la confiaste. Ensayaré á cortarme la mano derecha, á sacarme el ojo derecho, y echar uno y otro lejos de mí. En cuanto á tí, Christian, si obras en este negocio de otro modo que lo exigen la prudencia y el honor, considera que tú eres el responsable de todo ante Dios y los hombres.

— No temas nada, dijo Christian apresurado, y se retiró agitado con reflexiones poco agradables.

— Yo debia haberle persuadido á volver al

condado de Derby, dijo él para sí, luego que se vió en la calle. Su presencia sola en esta ciudad puede trastornar el plan en que se funda la futura elevacion de mi fortuna; sí, y de la de su hija. ¿Se dirá que yo he causado su ruina, cuando se la vea brillar con todo el esplendor de la duquesa de Portsmouth, y cuando llegue á ser madre de una raza de principes? Chiffinch me ha prometido presentarme la ocasion favorable, y su fortuna depende del cuidado que se toma en satisfacer el gusto de su amo con la variedad. Si ella causa impresion, será profunda, y, una vez dueña de su afecto, no temo que la suplanten. ¿Pero, ¿qué dirá su padre? ¿Se meterá la vergüenza en la faltriquera, como hombre prudente, porque estará muy bien dorada? ¿Juzgará del caso presentar el aparato de un frenesi moral y paterno? Temo mucho que no tome este último partido. Sus costumbres han sido siempre demasiado rígidas para que haga como que no ve esta pequeña licencia. ¿Pero cual será el resultado de su enojo? Yo puedo quedarme á cubierto en este asunto, y los que se hallen á

la vista se agitarán muy poco por el resentimiento de un puritano de provincia. Y, después de todo, el punto á que deseo llegar, es lo que hay de mejor para él, para la picarilla y para mí, Eduardo Christian.

Estas eran las consideraciones bajas con que procuraba este miserable acallar los gritos de su conciencia, en tanto que tramaba el deshonor de la familia de su amigo, y la ruina de su propia sobrina, encargada á su celo. El carácter de este hombre no se comprendía en el género de los que se hallan cada día, y no se había constituido en el punto mas crítico de insensibilidad ni de un egoismo infame por un camino ordinario.

Eduardo Christian, como ya sabe el lector, era hermano de aquel Guillermo Christian que había servido de instrumento para que cayese la isla de Man bajo el yugo de la república, y quien, por esta causa, vino á ser la víctima de la venganza de la condesa de Derby. Ambos se habían educado según los principios de los puritanos; pero habiendo Guillermo tomado el partido de las armas, se habían modificado

con esta profesion el rigor exacto de sus opiniones religiosas. Eduardo, que no tomó el mismo estado, parecia mas estrictamente adherido á ellas. Pero esto era solo exterior. El rigorismo de que hacia ostentacion, y que le valia el respeto y deferencia de las *gentes formales*, como se llamaban los puritanos, no era mas que una corteza que ocultaba el gusto de un voluptuoso; y, entregándose á sus inclinaciones ocultas, experimentaba el mismo placer que quien bebe el agua que ha robado y que come á escondidas el pan. En tanto que su aparente santidad le proporcionaba los medios de fortuna, los placeres ocultos, que sabia buscarse, le indemnizaban por el exterior de austeridad con que se disfrazaba. La restauracion de Carlos II y el extremo á que se dejó llevar la condesa de Derby contra su hermano, interrumpieron el curso de su hipocresia y de sus placeres. Huyóse de la isla de su nacimiento, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hermano, única pasion que jamas se le conoció no tener una tendencia directa hácia si mismo; aun esta no estaba entera-

mente despojada de egoismo, pues entregándose á ella, trabajaba tambien para restablecer su fortuna.

No le fué difícil hallar entrada con Villiers, duque de Buckingham, quien, por parte de su muger, tenia pretensiones á los dominios del condado de Derby, en otro tiempo dados por el Parlamento á su suegro Fairfax. El duque tenia mucha influencia en la corte de Carlos, donde se recompensaba mejor una chanzoneta, que una larga serie de servicios; y este favor se empleó de tal modo que contribuyó á la oscuridad en que dejó el rey á esta familia leal y mal premiada. Pero Buckingham, aun cuando su honor lo exigiese, era incapaz de seguir con paso firme la marcha que Christian le trazaba, y sus tergiversaciones salvaron tal vez lo que quedaba de los dominios considerables pertenecientes á la casa de Derby.

Sin embargo, Christian era un partidario demasiado util para que se le despachara. No cuidaba él de ocultar á Buckingham ni á las otras personas de igual clase la relajacion de sus costumbres, pero sabia disfrazarla perfec-

tamente á la vista del grande y poderoso partido á que pertenecia con el exterior grave que siempre manifestaba. Es verdad que habia entonces una linea divisoria tan fuertemente marcada entre la corte y la ciudad, que podia un hombre representar dos distintos papeles, como en dos esferas totalmente diversas una de otra, sin que por un lado se pudiera descubrir que él se dejaba ver bajo un aspecto del todo contrario. Por otra parte, cuando un hombre de talento se hace util, su partido continua cubriéndole con su crédito y proteccion, aun en el caso que su conducta estuviera en oposicion directa con sus principios. En igual caso, se niegan algunos hechos, se da un bello colorido á otros, y el espiritu de partido oculta por lo menos tantos defectos como la caridad.

Eduardo Christian necesitaba muchas veces de la indulgencia parcial de sus amigos; pero jamas se la negaron, porque les hacia señalados servicios. Buckingham y otros cortesanos como él, por muy disolutos que fuesen, apetecian conservar relaciones con el partido puri-